dio. Ella dijo que, para enseñar á los niños, se debe empezar por instruír á las madres. He aquí como analiza las cualidades y propensiones de la mujer : « La mujer es racional, puesto que tiene la noción de lo verdadero y de lo falso; es moral, puesto que siente y conoce el bien y el mal; es libre en fin, y para que esta palabra no alarme, diremos con Bossuet, aunque lo nieguen los impíos, que es libre « porque la asiste el poder de obrar ó no obrar ». ¿ Porqué, pues, ha de dejar su razón sin alimento, su conciencia sin luz, su libertad sin preceptos? » Quisiéramos poder trascribir muchos párrafos de esta interesante obra, pero no nos alcanza el espacio, y tenemos que dejar en el tintero mucho de lo que pudiera servir de enseñanza para las que desean instruírse verdaderamente.

Paulina de Guizot, esposa del célebre historiador y hombre de Estado, escribió unas Cartas sobre la educación, en las cuales aboga en favor de la educación doméstica dentro de la casa paterna y no considera las enseñanzas religiosas como la base de toda instrucción. No piensa lo mismo la señora Necker de Saussure. Su bellísimo tratado de Educación progresiva es una de las obras pedagógicas más bellas que se han escrito sobre la materia. Esta señora creía, lo mismo que Pestalozzi, que la educación intelectual sin nociones profundas de religión y de acatamiento á la justicia divina no solamente será estéril sino perniciosa.

La irlandesa María Edgeworth no se quiso casar nunca para poderse dedicar con mayor ahinco á sus estudios literarios y moralizadores. Empezó su carrera literaria escribiendo con su padre una obra sobre educación práctica, libro que fué publicado al fin del siglo pasado. Desde los primeros años del presente siglo María Edgeworth emprendió sola su tarea de educacionista, y desde 1800 hasta 1834 no hubo año en que no diese á luz alguna obra propia para la moralización de la juventud. Cuando murió, en 1849, á los 83 años de edad, dejó una huella luminosa que por cierto no se borrará por mucho tiempo de los anales de los educacionistas morales y filántropos de Inglaterra.

La otra inglesa que mencionamos ha poco se llama Isabel Hamilton. Esta dama no sólo fué escritora filosófica y de metafísica y escribió unas importantes *Cartas sobre educación*, sino que con sus escritos llamó la atención sobre la situación miserable, física é inmoral de una provincia de Escocia. Su voz fué escuchada por otros filántropos y personas religiosas, y en pocos años logró cambiar y mejorar notablemente á los habitantes de Glenburnie.

## IV

À pesar de que la educación de la mujer en España nunca ha sido tan esmerada como en otros países de Europa, las pocas escritoras que se han señalado en este siglo en la península, casi todas han sido particularmente instruídas, de grande aliento y varoniles en sus tendencias hacia el bien.

Después hablaremos de las literatas; en este lugar no admitimos sino á aquellas cuyas obras más importantes se han encaminado particularmente hacia la moralización del género humano. Generalmente se cree que en España las mujeres son poco amantes de la instrucción y, con algunas excepciones, nada literatas y cultivadoras de las letras. Sin embargo, podríamos dar una lista bastante larga de mujeres literatas y poetisas, no solamente de este siglo, sino también de épocas antiguas. Y lo curioso es que, y lo repetimos, aunque en España realmente la educación femenina ha sido bastante descuidada, las mujeres que se han dado á conocer se han presentado como poseedoras de talentos de primer orden, y cuyo acento vigoroso é ideas elevadas podrían enorgullecer á cualquiera nación, en donde tanto los gobiernos como los particulares se han ocupado preferentemente de la educación de la mujer.

Hace algunos años que nos llegó á las manos una noticia, escrita por un francés (M. A. de Latour), en la cual trata de una dama cuyo carácter y escritos nos llamaron la atención; y después hemos leído varias obras de la misma señora, en las cuales el estilo é ideas son realmente de primer orden y dignas de la pluma del mayor filántropo del siglo.

He aquí algunos extractos traducidos de la notícia de M. de Latour :

« Hace seis ó siete años (escribía en 1873), la Academia de ciencias morales y políticas, nuevamente instalada en Madrid, daba el siguiente tema para que se escribiese una memoria que debería ser premiada:

» Definir los caracteres de la beneficencia, de la filantropía y de la caridad;

» Señalar las condiciones que las unen y las diferencias que las separan;

» Manifestar la manera como pudieran reunirse

entre sí y que contribuyeran á aliviar á la humanidad.

» Seis meses después la Academia recibía varias memorias, una de las cuales llamó particularmente la atención : llevaba este epígrafe :

» La beneficencia envía al enfermo una camilla, la filantropía se le acerca, — la caridad le da la mano.

» El cuerpo de la memoria cumplía lo que prometía aquella concisión original y triple definición. La Academia encontraba en cada página una erudición extensa y sólida, conocimientos exactos y precisos. miras elevadas y que llevaban el sello de una filosofía enteramente cristiana, un conocimiento profundo del corazón humano, una inteligencia firme pero amable de los principios que deben presidir en la administración de la beneficencia pública; todo aquello, dicho en estilo incisivo, claro, elocuente á veces, y á veces original, rápido y siempre natural. La Academia se sorprendía, sin embargo, de que un filósofo v un literato como aquél no estuviese entre sus miembros, y más se admiró cuando encontró que el autor era un desconocido, que se firmaba « García Carrasco ». ¿ Quién era García Carrasco? ¿ Quién había visto ese nombre en algún libro ó en algún periódico? Nadie. Iban á averiguar quién era, cuando una carta dirigida á la Academia hizo crecer la sorpresa, pues la carta estaba firmada : doña Concepción Arenal de GARCÍA CARRASCO.

» En ella manifestaba haber tenido noticia de la decisión de la Academia, y que esto la obligaba á declararse como la verdadera autora de la memoria premiada; á la que, por un rapto de amor materno, había puesto, sin reflexionar, el nombre de su hijo; pero como el niño aun no había cumplido ocho años, la Academia no podría creer que hubiese escrito la memoria; así es que con toda humildad confesaba ser ella la autora.

» La Academia se sorprendía más y más. ¿Cómo era posible que aquella obra viril, cuya mano firme creaba un sistema vasto y práctico, que con voz audaz y elocuente señalaba los vicios de los establecimientos de caridad que existían, y con un alma compasiva mostraba cómo la caridad individual de la mujer era la que debía llevar su contingente á la beneficencia pública; ¿cómo podía ser, decimos, que todo eso fuese obra de una mujer?

» Y si era así, ¿ cómo no se había dado antes á conocer? tanto más cuanto que aquel noble entusiasmo que se dejaba ver á cada página probaba que era la experiencia la que hablaba, y no la generosa alucinación de una persona joven. No era extraño que naciera en un corazón de mujer una moral tan pura y tan fácil de llevar á cabo; pero ¿quién le había enseñado el secreto de aquella vigorosa lógica, aquel estilo en que se unían el arte con la sencillez, la elocuencia con la gracia y la fuerza? La Academia llegó á figurarse que semejante obra no podía ser sino una ingeniosa venganza de algún escritor de primer orden, olvidado cuando se instaló y nombró sus miembros.

» ¿ Qué hacer? En España, como sucede en todas partes, cuando no se sabe á qué atenerse, nombran una comisión; esto hizo la Academia.

» La comisión nombrada se presentó en primer lugar en la casa que indicaba la dama. Entra, y se encuentra delante de una madre de familia honrada, viuda de un abogado, según entiendo. Á su lado jugaba el inocente autor de la memoria. Interrogada con respeto, doña Concepción Arenal de García Carrasco repitió lo mismo que había dicho en su carta. Pero como no podían preguntarla á ella misma todo lo que la comisión deseaba saber, los académicos preguntaron á sus conocidos quién era la erudita escritora, y supieron que hacía muchos años que, deseosa de instruírse, doña Concepción, vestida de hombre, frecuentaba las Universidades y escuchaba la voz de los sabios. Alguien que tenía el honor de cultivar amistad con ella aseguró que era tal la pasión que tenía por el estudio y la libertad, que una de las condiciones que había puesto á su matrimonio había sido la de frecuentar las aulas de los profesores, vestida de hombre.

» La comisión repitió á la Academia lo que había indagado, y doña Concepción se presentó á recibir su premio.

» Su persona llamó la atención : era una señora de mediana edad, cuya fisonomía grave demostraba que era digna de sus ideas elevadas, y cuva modestia serena la hacía simpática á todos.

» La memoria, mandada costear por la Academia. no tiene menos de 183 páginas en cuarto mayor. Está dividida en dos partes: en la primera estudia la historia de la beneficencia en España, y en la segunda se encara con la beneficencia pública y presenta la resolución del grave problema de la caridad privada. »

M. de Latour hace un extracto de la memoria de doña Concepción, y por ello se comprende qué mujer

181

es aquélla y cuánto mérito tiene. Y concluye asegurando que si la beneficencia pública ha mejorado notablemente en España en los últimos años, esto se le debe á esta señora. « Los sentimientos que ella expresa, dice, con un acento tan nuevo de elocuencia y de caridad, muchas mujeres los tenían en el corazón y no habían aguardado á que ella hablase para entregarse á la caridad y cuidar de los enfermos y niños abandonados, pero los acentos de esta señora han despertado á los hombres de Estado de su patria y hécholes posible lo que antes parecía un sueño.

Dos años después doña Concepción Arenal publicó un librito titulado: *Manual del visitador del pobre*, el cual, según M. de Latour, es perfecto en su género y ha sido traducido al francés, al inglés, al italiano, al alemán, al polaco.

À pesar del mérito del Manual del visitador del pobre, hay otro libro de la misma autora que debería hallarse en manos de todas las mujeres: hablo de La Mujer de su casa.

La Mujer de su casa es, en pocas páginas, una obra maestra; y se comprende que la señora Arenal tiene el don de abrir brechas en el camino de la civilización para que penetre la luz al entendimiento de los demás. En esta nueva obra explica claramente que la mujer de su casa más perfecta, en lugar de ser la maravilla que se la quiere llamar, aunque sea virtuosísima puede ser perniciosa. Sin embargo, como el espacio que tenemos señalado para tratar estas cuestiones es corto y no es posible alargarnos demasiado, bastará por ahora dar á conocer someramente algo de lo que aconseja la autora del libro.

Veamos cómo explica y prueba que la mujer tam-

bién tiene deberes sociales, deberes serios fuera de su hogar; dice así:

« No se apresure el lector á decirnos que empleamos palabras contradictorias y frases extrañas para hacer efecto á costa de la exactitud; poca observación se necesita para convencerse de que la misma persona que en casa se desvive por sus hijos, por su marido, por sus padres, fuera de ella nada hace; cree que las necesidades sociales no son de su incumbencia, y su misión se reduce á las de la familia. Así se lo han dicho de niña, de joven y de mujer; así se lo repiten aun aquellos que abogan porque se instruya, porque se eleve, porque tenga más derechos.

» Las cuestiones sociales no las entiende, ni suele saberlas, ni le interesan; y cuando el mal es tan grave que no puede ocultársele, llegan los ayes á sus oídos. más bien que la dolencia que los produce á su conocimiento, y propende á mirarla como resultado inevitable del encadenamiento de las cosas, y como falta de las personas... La mujer de su casa que vive sólo en ella no entiende ni le interesa nada de lo que pasa fuera, y juzga imprudencia, absurdo, quijotismo, disparate, tontería, según los casos, el trabajo, los desvelos y los sacrificios que por la obra social está dispuesto á hacer el padre, el esposo ó el hijo. Ellos no deben ser sino para los suyos, para su hogar, porque cuando allí falte algo, no han de venir los de fuera á traer la tranquilidad, el dinero ó la salud que se perdió trabajando inútil y neciamente por los que no lo merecen ó no lo necesitan... ¿Á qué fastidiarse y matarse por cosas que no son obligatorias y no producen honra y provecho?... Concentrada,

en su hogar, ideas, afectos, deberes, todo lo refiere à él; su tendencia es á juzgar que el hijo hace siempre demasiado por la sociedad, por los extraños, y que éstos hacen siempre demasiado poco por él. Este modo de ver predicado constantemente, inoculado con el cariño, no puede dejar de influír en el hijo si, como es de temer, en la mayor parte de los casos el égoísmo y el amor propio le predisponen á exagerar sus méritos y sus derechos, y preocuparse poco de sus defectos y de sus deberes, siendo entonces terreno apropiado para que germine la injusticia que el amor ciego y la ignorancia de su madre han arrojado en su corazón. ¿El que la mira con respeto, el que tal vez la califica de santa, puede sospechar que lo incline al mal?

» Ella, por otra parte, ejerce esta mala influencia sin saberlo y fatalmente; emparedado su espíritu, sin conocimiento de las relaciones que hay entre el bien de su casa y el bien público, ignora que el problema consiste en armonizarlos y no en procurar que se aislen, lo cual, sobre ser imposible, los pone en el caso de que se hostilicen.

» Al indicar cómo la mujer, limitada á la esfera del hogar doméstico, entibia las virtudes sociales del hombre y le retrae del público bien, hemos considerado el caso menos desfavorable, es decir, la más perfecta mujer de su casa. Como un gran número, el mayor, estará por debajo de este nivel, aumentará en proporción la perjudicial influencia que ejerzan; así puede observarse muy á menudo en mujeres que aconsejan á sus maridos é hijos acciones reprobables, que no se lo parecen, cegadas por el sentimiento egoísta del provecho de la familia, único en que se

ocupan, comprenden y desean, y al cual están dispuestas á sacrificar dignidad, delicadeza y hasta el -honor. Se dirá que hay muchos hombres que hacen lo mismo, es cierto; pero son personas decididamente inmorales, mientras que mujeres honestas y honradas, por no comprender bien la moral en cuanto traspasan los umbrales de la casa, sin ser malas, aconsejan el mal, sin ser viles impulsan hacia hechos indignos. Tratándose de virtudes y de relaciones sociales, á igualdad de moralidad, por regla general, la mujer tiene menos delicadeza y escrúpulos que el hombre. No es culpa suya; y este hecho, completamente artificial y obra de preocupaciones y errores, tiene consecuencias gravísimas, aunque poco aparentes, y se asemeja á esas filtraciones que no hacen ruido y socavan los edificios. »

En algunas páginas llenas de calor y elocuencia, la señora Arenal demuestra que la presente época necesita de todos los esfuerzos de la mujer para ayudar en la obra de aliviar á la humanidad; que la sociedad no acepta el dinero de la que puede darlo no más, sino del trabajo de todos los miembros que la componen, y por último que la mujer entregada exclusivamente á los deberes de su casa, y nada más, no cumple con su misión sobre la tierra.

Á las que le observan que las falta tiempo para ocuparse en otras cosas que no sean las que convienen á su hogar, les contesta que no es tiempo lo que les falta, sino orden, y les sobra curiosidad y trabajo mal dirigido; asegura que hay entre las mujeres una gran tendencia á malgastar el tiempo, á ocuparse de futilezas, en labores inútiles, en conversaciones vanas, en repeticiones inconducentes, en ridiculeces que

llaman trabajos y que no son sino la careta de la ociosidad.

« El hombre, dice, hace cuanto puede por empequeñecer, por rebajar á la mujer, y luego quiere que, como madre, se eleve y sea grande, que es como privar á una persona del sustento necesario y pretender que levante pesos enormes. Y ya que por la comparación hemos venido á lo físico, notaremos que físicamente también es la mujer de su casa muy inferior á lo que debía ser, y cría á sus hijos para que perpetúen y aumenten esa inferioridad... Un círculo de errores y preocupaciones horminguea en torno de la mujer, formando una atmósfera que la envuelve; todo conspira contra el régimen propio para fortificar su físico y el de su familia. »

Asegura que á la mujer falta aire y luz física y moral, y que como cría á sus hijos en este medio, éstos tienen que crecer en la ignorancia moral y la debilidad física. « Pero, dice, no es raro que los padres digan (y con razón) que las madres echan á perder á sus hijos: lo que callan es que ellos echan á perder á las madres. » Nuestra autora prueba que las mujeres viven fuera de la corriente de la civilización porque los hombres no procuran llevarlas consigo.

« Uno de los mayores enemigos de la mujer es el tedio, enemigo á veces de su virtud, consecuencia de la monótona vida y falta de recursos intelectuales. Los daños del tedio (verdaderos estragos) son poco perceptibles, porque no hacen explosión, sino que corroen ó depravan las aficiones, poniendo el alma en una situación que recuerda la del cuerpo cuando apetece sustancias que no son alimenticias y dañan gravemente la salud. »

El remedio para ese estado del alma no se encuentra sino en el trabajo, y en el trabajo intelectual, que es lo único que puede distraer el alma porque ocupa el espíritu.

« Siempre se habla del sexo *fuerte* y del sexo *dé-bil*. Pero en esto se sufre una grande equivocación, dice, y se invierte la verdad.

» En épocas, añade, de fuerzas *brutas*, la muscular debía ser la primera, casi la única.

» En tiempos de barbarie, la *delicadeza* era fácil de confundir con la *debilidad*.

» En pueblos duros, la criatura más *sensible* debía parecer más débil.

» Hora es ya de analizar la debilidad y la fortaleza de la mujer, porque si necesitando más fuerza tiene menos, habrá un desiquilibrio que imposibilita la salud en el orden fisiológico, y la justicia en el social. La mujer, á quien la naturaleza confió principalmente la conservación de la especie, necesita, como madre, vivir mucho tiempo para dos. »

Aquí la autora explica claramente cómo la mujer, aunque no puede levantar un peso y dar un golpe como el hombre si no tiene fuerza instantánea, no es lo mismo cuando necesita fuerza continua; ella tiene más perseverancia, más paciencia en lo físico que el hombre. En cuanto á la fuerza espiritual es hasta inoficioso probarlo, pues bien sabido es que sufre las penas del alma veinte veces mejor que el hombre; y delinque menos, sobre todo en los países civilizados, que el hombre, porque tiene más fuerza moral. En los Estados Unidos, por ejemplo, « donde, dice la autora que analizamos, la mujer tiene más medios de proveer á su subsistencia y más personalidad, rara

vez infringe las leyes. En la penitenciaría de Maryland había no ha mucho 574 hombres y 27 mujeres. ¡Qué elocuencia la de éstos números, y cuán alto hablan en favor de la verdadera fuerza de la mujer! Pero donde quiera que se la observe, se ve que paga menos tributo que el hombre á la desesperación y á la culpa, y padece menos de enajenación mental.

» Ya se ha empezado á hacer algo, aunque poco, para mejorar la situación de la mujer, y creemos firmemente que se hará más, que se hará mucho, muchísimo; pero después de todo lo que se haga, la parte que le corresponde en la propagación de la especie y su mayor sensibilidad le darán desventajas como trabajadora, y mayor pena cuando falta, y dolor más intenso cuando sufra. »

La señora Arenal discute y discurre largamente acerca de la fuerza y debilidad intelectuales, de lo cual deduce que la mujer puede alcanzar hasta donde alcanza el hombre intelectualmente, si se mejora su educación y si se la da más descanso de los deberes y pequeños pormenores de la vida que fatigan el alma y esterilizan el espíritu.

« No es cierto, dice, que la mujer sea débil, pero sí que está debilitada por el exceso de trabajo ó la ociosidad; por el tedio, por la inacción de sus facultades más elevadas; por el poco aprecio en que se la tiene; por la falta de recursos y por la escasa instrucción que se la da.

» En los Estados Unidos de América, donde el régimen material, moral é intelectual de la mujer se aproxima más á la razón y á la justicia, su moralidad aumenta con su fortaleza. No sólo la criminalidad de éstas podría quedar reducida á muy poco, sino que

disminuiría la de los hombres, que con tanta frecuencia se pierden por una mujer, por lo común mala, es decir, débil... Transformar la mujer de su casa en mujer fuerte, tal es el problema. La transformación es en unos pueblos rápida, en otros lenta, pero donde quiera indefectible... Aquella voz que preguntaba á Caín: ¿ Qué has hecho de tu hermano? podría resonar en la conciencia del hombre diciéndole: ¿ Qué has hecho de la fuerza de la mujer? No parece fácil que respondiese á la celeste voz; pero es aun más dificultoso que la oiga. »

Acabaremos este corto análisis, suplicando á las mujeres que procuren reflexionar acerca de lo que acabamos de extractar, y decimos á los hombres que, puesto que en sus manos está el porvenir de la humanidad, á ellos toca procurar que la mujer se moralice instruyéndose en la ciencia de la vida, no en las vanidades de ella, que es lo que hasta hoy se las ha enseñado.

No hay persona en el mundo que esté exenta de deberes para con la humanidad, y todos, hombres y mujeres, tenemos que llenar alguna misión para el bien, y no sólo para la felicidad de nuestro hogar, sino para la de los demás. El buen ejemplo es una de las armas más poderosas que Dios nos ha dado, y cada cual tiene obligación de ofrecerlo á los demás mientras nos es dado transitar por los valles de la vida.

Además de las obras que acabamos de señalar, escribió doña Concepción Arenal: Las Colonias penales de la Australia y La Pena de la deportación, — obra que algunos jurisconsultos extranjeros han considerado como digna de haber sido escrita por el hombre más sabio en esas materias. Su tratado de

La Esclavitud y sus Cartas á los delincuentes son también importantísimas, y la segunda fué laureada; su Ensayo sobre derecho de gentes se ha publicado entre las de la Biblioteca jurídica, lo cual por sí solo hace su elogio. Como poetisa fué premiada por un poema en la Sociedad española de la abolición de la esclavitud. Desgraciadamente la señora Arenal murió á fines de 1892.

V

Como no queremos alargarnos demasiado, no podemos hablar sino muy de paso de las demás importantes moralizadoras que se han señalado en el mundo.

Una multitud de mujeres francesas, alemanas, etc., se han dedicado desde el principio del siglo á escribir obras en pro de la educación moral de la juventud, entre las cuales se notan las señoras francesas Sofía Cottin y Ana L. Belloc. Entre las alemanas mencionaremos á Betty Gleim, la cual se entregó desde su juventud á estudiar la gran cuestión de la educación de la mujer y del progreso intelectual que ha tenido lugar entre sus compatriotas en los últimos 50 años. En Suecia, Federica Bremer obtuvo una celebridad europea, y, aunque todas sus obras están en forma de novelas, su intención fué siempre la de educar para la virtud los corazones femeninos.

Indudablemente el progreso intelectual de la mujer

se halla más desarrollado en Inglaterra y Norte América que en toda otra parte del mundo. No podemos menos que mencionar, aunque sea de paso, algunas de estas mujeres que han merecido el bien de la humanidad. Francisca Power Cobre, inglesa, se ha entregado completamente á la moralización de sus compatriotas. He aquí los nombres de sus principales escritos: Educación femenina, Ensayo sobre el trabajo de la mujer, Las Niñas desamparadas y cómo se pueden proteger, Deberes religiosos y otras muchas sobre la Legislación penal en las cárceles de mujeres.

La reverenda Augusta Drane, superiora de la orden dominicana en Inglaterra, ha escrito varias obras pedagógicas y de erudición teológica.

Dos hermanas, — Maria y Emilia Suirreff, — no sólo han escrito varias obras de educación, sino que fundaron una asociación para fomentar la educación intelectual de la mujer.

Una de las mujeres más importantes entre las escritoras inglesas es indudablemente lady Isabel Herbert. Hija de un general muy instruído, éste la educó á su lado y en su casa tuvo ocasión de oír hablar á los hombres más importantes de Inglaterra, tanto políticos como literatos. Casóse joven, y cuando se encontró viuda se convirtió al catolicismo y se en tregó con alma y vida al fomento de las misiones católicas en Inglaterra y en los países bárbaros; trabajó muchísimo en establecer escuelas para promover el catolicismo en países protestantes; viajó en la Palestina, Egipto, Argel, España é Italia y escribió sus impresiones bajo el punto de vista católico: sus obras morales, las biografías de algunos santos, las obras